

## HUMILDAD Y GRANDEZA DEL PAPA GIUSEPPE SARTO\*

*R. P. Dr. Cornelio Fabro*

Después de San Pío V, es decir, después de cuatro siglos en los que la suprema gloria para una creatura no se posaba más sobre un Papa, esta gloria torna ahora sobre Pío X no sólo para continuar la tradición de un Oficio y una Sede, que por la santidad tienen el nombre y la excepcional misión; sino también para una forma de recuperación de la “humana igualdad”.

El Papa que con grandioso magisterio guía a la Iglesia en la vía de la verdad, y con seguro juicio mueve al ejemplo a los mejores hijos, permanece siendo, también él, una frágil criatura, sujeto al peso de la miseria cotidiana y al arduo juego de las contingencias terrenas. Tal vez en ningún cargo humano las características individuales afloran y se imponen de modo tan sobresaliente, como en quien sube a este trono que es el primero por grandeza; pero que exige a la creatura una medida sobre humana. Por esto ninguna dinastía ha ofrecido tanta variedad y multiplicidad en la actuación del idéntico ideal, como sí lo ha hecho el pontificado romano. En la libertad de los hijos de Dios, el Papa da, en el cumplimiento de su misión, una inconfundible impronta de sí mismo que se imprimirá en la Iglesia y frecuentemente también en el mundo para marcar el camino de los hechos que tienen en suspenso a los hombres. De frente al mundo, a la Iglesia y también a sí mismo, el hombre que llega a este vértice se debe transparentar sin subterfugios, consciente de expresar la esencia más alta de la vida del espíritu. Por lo tanto, cuánto más admirable resulta si, entre tantas angustias y dificultades, la vida del Papa se purifica con simplicidad de espíritu en la suprema inmolación de sí mismo; de tal modo que sepa dar el ejemplo vivo en sí mismo de aquella virtud que debe juzgar en nosotros.

---

\* El presente texto es traducción del artículo “Umiltà e grandezza di Papa Sarto”, *Momenti dello Spirito*, Assisi 1982, 283-294.

## DÍALOGO

La santificación de Pío X nace, ante todo, de la voz del pueblo y es un testimonio gozoso de la unidad del cuerpo místico: casi como una renovada presencia, en el juicio hecho de la gloria, de los humildes y de los simples. Porque Pío X se había hecho, con la humildad y simplicidad cristiana, como un vestido interior sin costura, en el cual únicamente sabía reencontrarse y que en él había crecido con el crecer de su grandeza: en cada escalón de su subida, lejos de ofuscarse y de reducirse a un recuerdo, éste se hacía más rutilante y daba nuevo y más auténtico testimonio de él. Él no sólo era conciente de que había nacido pobre, de haber tenido una infancia atribulada y de haber realizado sus estudios con la ayuda de otros; no sólo recordaba los sufrimientos de un tiempo, sino que sólo en esta conciencia de “ser” pobre él reencontraba, en todas las nuevas dignidades a las que Dios lo destinaba, como una “presencia” espiritual. El alto ingenio que lo hizo siempre ser el primero entre sus compañeros, el seguro juicio de los hombres y de los eventos, la habilidad de gobierno y el mismo prestigio de una naturaleza excepcionalmente dotada, hubieran debido empujarlo a la emancipación de aquello que ahora se llama “complejo de inferioridad” para obligar a un reconocimiento que brotaba de la evidencia de los hechos. Así sucedió con muchos grandes de la historia -también en la Iglesia- en los que los nacimientos humildes formaron el fondo o la “situación negativa” para producir un contraste de mayor resalto respecto a la consiguiente grandeza. Para Pío X, hijo de un recaudador de impuestos, segundo hijo de una numerosa prole, la humildad del origen y la angustia de las exigencias más elementales de la vida se transformaron en su fisonomía como en un “presente” que se intensificaba sin una vana exhibición; como el “amén” de su espíritu al desarrollarse que él presentía y veía en cada etapa del divino llamado.

Es muy conocida su inflexible conducta con respecto a los parientes a los que amaba con intensa ternura pero ninguno de ellos se enriqueció ni consiguió un buen puesto. El hermano no pudo trasferirse a Roma sino que continuó en su modesto trabajo; las hermanas que llevó consigo, quiso que se llamasen y se presentasen como “las hermanas del Papa”, e hizo vender un automóvil que les habían regalado a ellas; se opuso a toda propuesta de promoción de su sobrino monseñor Parolin. Muy tenaz en el recordar, incluso siendo Papa, reconocía las personas más humildes de su tierra y se entretenía con ellas hablando en su hermoso dialecto véneto que casi hacía

## HUMILDAD Y GRANDEZA DEL PAPA SARTO

desaparecer la majestad exterior para bajar del cielo una más fulgida, que arrancaba las lágrimas a sus interlocutores.

Consigo mismo no pudo siempre desahogar su deseo de humillarse por las exigencias de la corte y de la majestad pontificia, de hecho los testigos más cercanos atestiguan el suplicio que le ocasionaba el ceremonial y cómo buscaba, en cuanto podía, reducir al máximo las distancias. Para sí no tenía ninguna exigencia. El *Sumario sobre las virtudes* está lleno de perlas de su franciscana alegría: siendo Papa tenía botones, aguja e hilos para los pequeños remiendos; hizo venir de Venecia su cocinero Inchiostro, cuya experiencia muchas veces sometía a dura prueba el estomago y el paladar de los secretarios, pero no el del Papa que estaba contento de todo; prohibió los aplausos en San Pedro y no permitía que se le besase el pie; participaba de los Ejercicios Espirituales que se predicaban en el Vaticano poniéndose, con simple naturalidad, entre el público. Es célebre el diálogo con el cardenal Mathieu durante el conclave "*Scis loqui gallice? - Nequaquam, Domine - Ergo nos es papabilis - Deo gratias*". Siendo Papa, cuando le mencionaban que su bendición y el contacto con objetos suyos habían obrado gracias y curaciones, lo socorría infaliblemente su superior humor: "Eh, querido mío, en este mundo hay que hacer de todo". O también: "qué extraño, ¿cómo él se ha curado con mi chaleco y no yo?". Su más grande sufrimiento era no poder dar siempre libertad a este íntimo impulso de su corazón, y debió sufrir inmensamente sobretudo porque también él -como lo atestigua don Orione- se dio cuenta rápido de "aquellas influencias mezquinas que suelen tentar a los poderosos". Licenció a la guardia de servicio; suprimió el *escanciador* y el acompañamiento de la Guardia Noble durante el paseo de la tarde en los jardines vaticanos; redujo, cuanto pudo, la etiqueta por la que sentía una inmensa incomodidad.

Rodeado de la pompa ineliminable de una sede que había sido construida con los siglos, se sentía casi más prisionero en el alma que en el cuerpo. Apenas subido al trono pontificio, a un representante del gobierno italiano que quería explorar la dirección política del nuevo Papa, hizo que se le responda (como muestra en el comentario monseñor Canali, que sustituía a veces en las conferencias cotidianas al cardenal Merry del Val cuando estaba enfermo):- "Decid al Gobierno que no quiero hacer política". En los quehaceres más intrincados su expresión era: "yo miro al crucifijo". Tenía la pasión por la simplicidad,

## DIÁLOGO

pero no por la exhibición. De frente a un personaje vanidoso que magnificaba los títulos académicos, dijo una vez: “yo sé de uno que, sin ser doctor en teología, fue hecho monseñor, obispo, cardenal... y Papa”. Es también conocida su cortesía con los hebreos -especialmente con el diputado Romanin-Jacur, que fue el brazo derecho de su caridad en Mantua y en Venecia- cortesía expresada con la frase: “¡en Mantua mis mejores católicos son los hebreos!”.

Era simple, también, en la misma vida de piedad, que era profundamente sentida, pero sin ningún alargamiento o superflua coreografía que no fuese propia de la majestad del rito y del recogimiento interior: en la celebración de la santa Misa esquivaba cualquier afectación y se mantenía en el límite de la normalidad respecto a su duración; incluso más, atrapaba por la conmovida pronunciación y el celestial candor, produciendo una impresión que los presentes no olvidaban más. Decía el Rosario con sus intimos; recitaba a menudo el Breviario con dos secretarios suyos, Monseñor Bressan y monseñor Pescini, a los cuales, cuando el *camarier* no estaba pronto, servía en una segunda Misa, que escuchaba en agradecimiento; como la sirvió a algunos sacerdotes que se encontraba de paso en Mantua o en Venecia, entre los cuales se puede contar a monseñor Ratti. Esta simplicidad reaparecía junto a su caridad con los sufrientes y atribulados por la desgracia, como si fuesen miembros vivos de su cuerpo, porque lo eran del cuerpo místico de Cristo. Se sabía que “prefería y quería más a los pobres que a los ricos”, pero recomendaba usar también con estos toda cortesía. Delante de la noticia del terremoto de 1908 proyectó ir personalmente a Ressina y a Reggio Calabria a llevar su confort. Cuidaba él mismo la distribución de los auxilios más urgentes y piadosos, asistido egregiamente por su habilidad administrativa.

Lo puro y simple de su fe estaba en el juicio seguro de sus cosas y de los hombres, sin dobleces ni involuciones. A monseñor Pasetto, que se presentó en audiencia primera para predicar los Ejercicios Espirituales recomendó con acento firme: “muerte, juicio, infierno, paraíso: he aquí los argumentos de los cuales tienen necesidad el Papa y los Cardenales”. Después de la primera predicación agradeció rápidamente al predicador: “bien, padre, así está bien”. Adversario de la concepción de la “carrera”, hablando con los Cardenales los amonestaba con un estilo que hace acordar al de Santa Catalina:

## HUMILDAD Y GRANDEZA DEL PAPA SARTO

“vuestra púrpura no os salvará de la justicia de Dios si no es honrada con las buenas obras”.

Cuando la masonería dominante privó de todo haber a los obispos portugueses, llamó a monseñor Pacelli pidiéndole que estudie el proyecto de ayuda, el cual consistía en un gasto de un millón; pero el Papa no dudó un instante en ayudar a sus hermanos en el episcopado vaciando hasta la ultima lira el tesoro vaticano. El día siguiente, un desconocido venido del exterior le ofreció al Papa la donación de un millón exacto. “He aquí, comentaba Pío X, cómo salen, así entran”.

También, de toda la persona de Pío X salía un arcano sentido de grandeza que no ponía, sin embargo, ficticias barreras de distancia. La vasta obra de reforma de la Iglesia es la prueba, y pone su pontificado - por la dificultad de los tiempos, la urgencia de los remedios, la generosidad de las empresas y la fortaleza de ánimo en el llevar esto a su término-, lo pone junto a, y bajo la misma luz, del de Pío V, que salvó del islamismo la fe del Occidente cristiano: Pío X salvó la Iglesia de la amenaza de todas las herejías de la cultura moderna, de la política, de la economía, de la ciencias históricas y positivas, de la filosofía, de la teología nueva caída de más allá de los Alpes. La entera vida dedicada al ministerio personal en el contacto directo con almas a lo largo de todos los grados de la jerarquía: desde capellán, párroco, obispo y patriarca, le había dado un conocimiento de los hombres de las condiciones más dispares; develándole todas las contingencias de la humana debilidad y de las pasiones, las cuales, entre los mismos católicos, molestan, a menudo, la vía del bien. El hecho de haber transcurrido la mayor parte de la vida fuera de toda forma de burocracia permitió -subido al trono pontificio- una convicción de espiritual libertad, que molestó y turbó a no pocos hombres, ligados a la fuerza de la tradición. Se sabe que el hecho más relevante de su independencia de juicio fue la nómina de Secretario de Estado a la persona del joven monseñor, ya secretario del cónclave, Merry del Vall. La grandeza de su obra de regeneración espiritual de la Iglesia se muestra sobre todo -y muchos testigos del proceso insisten expresamente- en los siguientes actos prudentes:

1-La prohibición del veto en el cónclave, por parte de cualquier potencia, y la constitución sobre el cónclave por la que se ha regulado hasta ahora la elección de sus sucesores. Aunque, como ha demostrado con la evidencia de las cifras en sus medidos *Recuerdos* el cardenal Merry del Val, la elección de Pío X no fue la consecuencia del veto del

## DIALOGO

emperador Francisco José, llevado por el cardenal Puzyna, porque su candidatura era ya alta cuando fue leído el veto.

2-La codificación del Derecho de la Iglesia -ya auspiciada por el Concilio Vaticano- porque estaba compuesto por una cantidad de leyes que formaban un tormento para los obispos que debían aplicarlas y hacerlas aplicar. Pío X, apenas fue elegido, formuló el proyecto, eligió la comisión y redactó, de su propio puño, las normas de trabajo; recibiendo, por ciertos períodos casi cada día, al secretario monseñor Eugenio Pacelli con el cual discutía punto por punto lo obrado por la Comisión, felicitándose por el inmenso trabajo del cual incluso no pudo ver el fin. (Su obra es recordada en toda su grandeza: ya sea por la constitución *Providentissima mater Ecclesia* de Benedicto XV, que en 1917 promulgaba el nuevo código de Derecho Canónico; ya sea por el presidente de la comisión el cardenal P. Gasparri en el prefacio que hace al afortunado trabajo).

La reforma de la vida cristiana. Antes que nada, sus disposiciones para la formación moral e intelectual del clero joven: a él se debe la idea y la erección de los primeros seminarios para las regiones en donde la estrechez de las diócesis no garantizaba, en los pequeños seminarios diocesanos, un curso de estudios adecuado. En el 50 aniversario de su sacerdocio, publicó, con fecha 4 de agosto de 1908, la admirable *Exhortatio ad Clerum*, escrita toda de su puño, como lo atestigua el Cardenal Merry de Val, en poco más de 15 días en los momentos libres. Siendo un espíritu práctico y testigo directo del sentir popular, redujo a diez el conspicuo número de las fiestas de precepto, con la precisa intención de disminuir los pecados, a los cuales el dinamismo moderno y el relajamiento de la fe exponen a los fieles: en esto fue inamovible y rebatió todas las observaciones y propuestas declarándose dispuesto a eliminar también las fiestas que quedaron, y hasta dispuesto a transportar el nacimiento del Señor al día domingo que resultase en ese momento, porque los fieles en la mayoría no lo observaban. Simplificó y reordenó el Breviario, aligerando el día domingo para que a los sacerdotes les quedase el tiempo necesario para atender a los sagrados misterios, en beneficio de las almas. Amonestaba a todos, y especialmente a los obispos, a la inmólación más generosa de sí en el propio deber, y es memorable el discurso que dio a los catorce Obispos franceses consagrados por él y enviados a sus respectivas diócesis privadas de todo beneficio después de la ruptura con el

## HUMILDAD Y GRANDEZA DEL PAPA SARTO

gobierno de Francia. Pío X es el pontífice del catecismo, del que atendió personalmente la nueva redacción todavía en vigor: los primeros años del pontificado, en el atardecer del domingo, explicaba a los fieles de las parroquias de Roma, reunidos en el atrio de San Dámaso, las verdades fundamentales; con la llana y fácil comunicación de pastor bueno, renovando entre las ovejas del Divino Pastor la dulce presencia del Salvador. Queda en una aureola de angélica luz y de fragancia de lirios el Decreto "*Quam singularis*", que anunciaba la admisión de los niños a la primera comunión, apenas hubiesen llegado al uso de razón; y que él defendió siempre afirmando que: "¡Tenía Dios que tomar posesión de las almas inocentes antes de que conociesen el mal y entrase en ellas el diablo!".

Entre sus preocupaciones de Pastor universal, tuvo la más grande solicitud por su diócesis de Roma: renovó el vicariato y simplificó su estructura para adecuarla a las necesidades de su tiempo. Alejó de Roma, haciendo que volviesen a sus respectivas diócesis, a los eclesiásticos que no tenían un encargo preciso. Creó para la periferia un buen número de parroquias, encargando la cura de las almas a los religiosos.

Amante de la música litúrgica, dio una pensión en Venecia al Maestro de la Capilla, y llamó al joven Lorenzo Perossi, al cual guió al sacerdocio y nombró después director perpetuo de la Capilla Sixtina. Para la reforma del canto sacro instituyó en Roma el Instituto Superior de Música, que ha animado en todo el mundo el progreso de un arte que debe a la riqueza de los dogmas del cristianismo sus más originales y valientes desarrollos. Sobre las huellas de León XIII se dedicó a que en los seminarios y en las Facultades católicas se volviese a la genuina doctrina de Santo Tomás. Mientras era Obispo, explicaba esta doctrina a los clérigos de Mantua y Venecia; y ya siendo Papa, puso a su alrededor teólogos y filósofos de segura ortodoxia tomista.

Pero su cruz -y al mismo tiempo el monumento más grande de su pontificado- fue la condena del Modernismo. Ya siendo obispo había advertido, con el instinto de la fe, la insidia funesta de la nueva herejía; una vez que subió al solio pontificio, intensificó la búsqueda del error que corría por todas partes, entre los laicos y el clero, arrojando la confusión y destruyendo la buena fe, también muchas veces de las altas jerarquías de la Iglesia : la lucha contra el modernismo es, tal vez, la actividad más propia de la persona de Pío X

—y aunque parezca paradójal— es la que mejor refleja la estatura y medida de su espíritu. Después de tantos años de investigación y de estudio tomó la deliberación, de la que ninguna cosa pudo retirarlo: el 21 de julio de 1907 apareció el decreto *Lamentabili*, el Silabo antimodernista que recoge más de 65 errores de esta nueva doctrina respecto a todos los puntos vitales de la fe católica (la Sagrada Escritura, el magisterio eclesiástico, la revelación divina, el significado de los dogmas y en particular el de la divinidad de Jesucristo, la naturaleza de los sacramentos y la autoridad del magisterio eclesiástico). En septiembre del mismo año salía la encíclica *Pascendi* que daba la síntesis lógica e irrefutable del sistema modernista con las disposiciones para combatirlo dentro del seno de la Iglesia. Para evitar toda ambigüedad y compromiso, en lo que eran inagotables los autores de las nuevas doctrinas, el 1 de Septiembre de 1910, con el Motu propio *Sacræ Antistitutæ*, publicaba la fórmula del “juramento antimodernista”, obligatoria en la asunción de los oficios y beneficios eclesiásticos y en la asignación de los grados académicos.

La *Pascendi* — considerada en su contenido, en el proceder y también en el estilo del todo inconfundible — es un documento entre los más decisivos del Supremo Magisterio — incluso el más importante después del Concilio Vaticano y como la inmediata prolongación de éste — al cual la vida y la doctrina cristiana de esta primer mitad del siglo deben su propia fisonomía espiritual y la propia salvación. Entre todos los actos de Pío X, la *Pascendi* sigue siendo el documento más insigne de su pontificado, el broche de oro de aquel dique puesto a la marea de los modernos errores, que desde un siglo ocupaba la obra del pontificado romano para la defensa de la ortodoxia. Su característica está en la estructura formal fuertemente teórica, que le confiere una fuerza persuasiva de singular transparencia que, en el decir de Giovanni Gentile, la hacen “una magistral exposición y una crítica magnífica”. Es mérito de la Encíclica haber recogido bajo el común término de “modernismo” una extraordinaria avalancha de errores, y de haberlos reconducido con férrea lógica a los principios fundamentales. Los errores ya denunciados por *Lamentabili* son retomados por la Encíclica y puestos al descubierto en su génesis y comprensión reales, quitándolos de aquel aluvión de indeterminación a los que estaban intencionalmente puestos por los promulgadores: en este sentido, y a tan poca distancia del Decreto, la encíclica da una exposición original y nueva de los errores ya evidentes, con un

dominio tal de la terminología y de la técnica adversaria, que dicha exposición es, tal vez, única en un documento de tal género, y que debía por eso reconducir por la recta vía a los que todavía de buena fe podían militar en las filas del error. El así llamado *Programa de los modernistas*, salido en noviembre 1907 como réplica de la Encíclica, acepta y depende también éste de la impostación que había dado la Encíclica a su doctrina. Sabemos por el *Sumario* que el Papa había hecho preparar la materia de la primera parte de la Encíclica por tres colaboradores entre los cuales figuraba un modernista auténtico (un hecho que representa su audacia, y es, tal vez, único en la historia de la Iglesia): así el error fue descubierto en su escondite más secreto, y sus productores no tuvieron vía de escape. El Papa fue imbatible en la aplicación de los remedios contra los recalcitrantes y cuantos querían esconderse tras la cortina de la anfibología: se mostró, sin embargo, paternal y usó todo medio para arrastrar tras de sí a cuantos veía animados por el amor a la verdad; y es conocido también que tomó directamente la defensa de la ortodoxia del gran cardenal Newman, que la propaganda modernista usaba como corifeo.

La conducta del Papa en sus cautelas contra el modernismo pareció a muchos demasiado fuerte hasta el punto de ser considerada como una injusticia, como si hubiese aceptado denuncias demasiado temerarias sobre obispos y cardenales cuya ortodoxia y fidelidad a la sede apostólica ninguno debería dudar: estos lamentos que cuenta el *Sumario* sin reticencia, son documento de la objetividad y la pureza de espíritu con que la Iglesia instituye el proceso de santidad de sus hijos hasta que sean colocados en trono más augusto. Estos juicios discordantes, algunos expresados con las fórmulas más drásticas, sirvieron a la causa para purificar el conocimiento de una santidad que estaba toda en la fidelidad absoluta a aquella preservación de la fe que empuja a los mártires al sacrificio cruento. Así se sostuvo el Maestro Infalible en las decisiones más graves. La severidad del Papa tiene su íntima razón en el horror extremo que Pío X tenía por la herejía, en la angustia mortal que sentía por la amenaza del modernismo, que inyectaba su veneno en las vertientes mismas de las verdades del cristianismo y de toda religión que se apoya en la trascendencia. Su figura se yergue con la misma firmeza de los padres apostólicos que tuvieron que luchar contra las insidias del gnosticismo hebreo y helenístico: el modernismo es el gnosticismo de nuestros tiempos, el producto de tres siglos de una filosofía que buscaba liquidar

## DIÁLOGO

definitivamente el Absoluto. Y, después de haber disuelto la desangrada religiosidad protestante en el ateísmo de la teología liberal, se preparaba para dar sepultura al mismo catolicismo. Considerando este terrible enemigo de tal naturaleza -que la Iglesia, después de la rebelión de Lutero, no había nunca tenido uno igual- el Papa advirtió, como en una herida invisible de destrucción interior, la amenaza del huracán en toda su nefasta potencia: por lo tanto, no nos debe maravillar si, en el enfurecerse de la tormenta, el timón haya estado en las manos de uno sólo y que éste diese como golpes enérgicos para salvar la barca de los peligrosos riscos. La historia de la Iglesia, en las décadas que siguieron, ha dado pleno testimonio de esto: el modernismo golpeado en el corazón se desvaneció inmediatamente y no resurgió más que en episodios esporádicos; los rebeldes obstinados se perdieron en la vanidad de sus pensamientos denigrándose mutuamente; la vida de la Iglesia retomó renovada su camino. Las ciencias escolásticas, estimuladas por el peligro, reflorecieron por doquier y, con la guía de las instrucciones pontificias, renovaron sus propios métodos según los descubrimientos últimos de la investigación científica para responder de modo más adecuado a los legítimos planteos de la más madura conciencia moderna. Si hoy, en las facultades pontificias y en los seminarios, la filosofía, la teología las ciencias bíblicas e históricas se reorganizaron en todos los sectores sin temerarias concesiones o pávidas restricciones, se debe especialmente al grito de verdad lanzado por la *Pascendi*: por este hecho ésta le da el gran título de gloria, no solo espiritual sino también humano, al pontificado de Pío X.

★★★

Estas escasas líneas sobre la obra y la persona del pontífice distan inmensamente de la realidad: la obra y el alma de un Papa, inmolado en su misión universal de paternidad por las almas, se sustraen en el secreto de su comunión con Dios, cosa que para nosotros es inconmensurable. En este punto, la Iglesia, que lo tuvo como cabeza infalible, justamente en este momento en que lo hace subir a los altares, nos permite considerarlo un poco más en su genuina fisonomía y lo hace entrar en las proporciones de su efectiva existencia, dentro del escenario de la vida y de la misión de un tiempo. Entonces, habiendo acortado distancias, la figura de Pío X crece en grandeza y esplendor, pues se nos hace más evidente aquella santidad que él

## HUMILDAD Y GRANDEZA DEL PAPA SARTO

conquistó por el duro precio de las luchas y las renunciaciones. Bajo la bondad del trato, aspecto sobre el cual se volcó ávidamente la literatura barata para un fácil uso apologético o denigratorio, el Papa Sarto escondía una personalidad rica y compleja, resistente como el diamante, que desconcertaba a los miopes y a los débiles de ánimo: los recuerdos del Cardenal Merry del Val abren en este punto un insospechado mundo, que otros textos insinuaron con referencias sintomáticas a las otras facetas de su vida.

Resulta, por lo tanto, que en Pío X había surgido por naturaleza un carácter fogoso y sanguíneo que alcanzaba a veces formas de ímpetu y de desdén también impresionantes, especialmente en los primeros años en que trabajaba en la cura de almas: en Tambolo y en Salsano hay todavía algún anciano (ya lo dicen los textos del proceso) que recuerda sus bofetadas durante el catecismo que ponían inmediatamente en su lugar a los más inquietos. Esta firmeza no retrocedía cuando encontraba grandes desordenes morales: ya sea como obispo y cardenal, como también siendo Papa, no quiso nunca aceptar los indignos. Alma cristalina, no toleraba los dobleces de parte del que sea, y cuando se daba cuenta de que se quería sorprender su buena fe, difícilmente los readmitía a su confianza. Su juicio era cortante como una espada y no erraba el tiro. Del aislamiento en que se encontró en los momentos más críticos, y de los que incluso se le echaron culpas, no se lamentó nunca; y es más: se dolía y protestaba solamente cuando veía golpeados o atacados a sus colaboradores, especialmente el Cardenal Merry de Val y Monseñor Canali, porque quería el cáliz amargo sólo para sí.

Después de haber dado ejemplo de total sujeción como capellán, como párroco, como Obispo y como Cardenal, exigía obediencia absoluta, pero con perfecta lealtad. En Venecia vituperó en presencia de los clérigos al archipreste de San Marcos, Monseñor Apollonio, por haber hecho sonar la salida de la Misa, contra sus precisas indicaciones, durante la homilía pontifical. Todavía como Patriarca de Venecia se opuso -con una carta dirigida al Papa, admirable por su vigor y su conmoción pastoral- a la nómina pontificia de un concurrente a una importante parroquia urbana que había combatido con el apoyo de potente protección; y León XIII fue herido por la vehemencia de un corazón del cual conocía el timbre, hizo anular la nomina y aceptó el candidato del Patriarca que colmó de lleno sus expectativas. Y ya

## DIÁLOGO

siendo Papa, cuando se debían hacer grandes decisiones transcurría mucho tiempo en oración y recogimiento; pero cuando llegaba el momento de tomar la decisión, la voz y el aspecto de su persona tenían tal firmeza que nadie hubiera osado contradecirlo. Era el irradiar exterior de su fe teológica que bebía en su vertiente y que infundía a los mismos colaboradores suyos, como atestigua el Cardinal Merry del Val, una impresión mixta de fe y de desaliento, como si se sintiesen proyectados sobre el trono del Absoluto.

Se puede decir, sin temor a errar, que esta fortaleza en la fe fue la virtud característica de su pontificado: por encima de todo, él ponía su misión de maestro universal de las almas y no conocía término medio: entraba casi por instinto al núcleo de las cosas y en pocas palabras sabía expresar la esencia de una situación y proponer remedios. Así como sabía pasar por alto generosamente las inevitables miserias de la fragilidad humana, era, al mismo tiempo, inamovible sobre cuestiones de principios: contrariado sobre algún argumento que había estudiado a fondo reaccionaba con ímpetu realzando la voz y golpeando el puño sobre la mesa. Pero sabía también rápidamente recomponerse: el rostro retornaba a la habitual expresión de benevolencia y el corazón se abría afectuosamente apenas se daba cuenta de que el interlocutor había entendido el ánimo y el sufrimiento del Papa. Con los opositores personales, que tuvo numerosos y tenaces, nunca conservó rencor o hirió, sino que dejó a cada uno en su puesto, buscando la más de las veces una distensión de los ánimos; que no raras veces le fue negada, incluso en los últimos tiempos y muy a pesar suyo. Los defectos que tuvo, como los santos más heroicos, los combatió con igual decisión y fueron la escalera de su santidad.

Los testimonios del proceso, especialmente de aquellos que le estuvieron vecinos cuando Papa, concuerdan en referir la arcana y celestial impresión que transparentaba en su persona, cuando era sorprendido en su recogimiento u oración, o simplemente cuando el discurso o el argumento llegaban a las cosas más altas. Sin embargo, en su vida privada su alma amaba expandirse con la exuberancia de una cordialidad que derramaba entorno a sí el agua viva de la alegría, que le brotaba en el corazón. Es conocido de qué modo huía del mínimo mostrarse o de la exhibición, que está fácilmente en asechanza a los poderosos para hacerles perder la exacta medida de las propias fuerzas: verdadero Sócrates cristiano, sobre la hulla de San Felipe Neri, sabía

## HUMILDAD Y GRANDEZA DEL PAPA SARTO

encontrar la frase concisa que denunciaba la vanidad de todo lo finito y revelaba la indestructible fe en Dios. Es explícita la convicción de algunos testigos, los cuales lo conocieron durante largo tiempo en íntima compañía, que en Roma su virtud obró en él la profunda transformación de la santidad: con el pasar de los años ésta se volvió cada vez más nítida en el cumplimiento de la altísima misión, y esto confirma el excepcional empeño del ascenso espiritual. Llegó al supremo pontificado en contra de toda previsión y con su más desolada consternación; aunque—como figura en los datos del *Sumario*—, él lo había ya predicho mucho tiempo antes, cuando bromeaba al hablar de sí mismo.

Desde la única cátedra de verdad que Dios ha puesto sobre la tierra, Giuseppe Sarto renovó, con la magnificencia de sus pensamientos y la firmeza de sus propósitos, el rostro de la Esposa de Cristo, asumiendo para sí todas las pruebas, las ansias y los dolores de sus hijos. Robusto en su físico como en un roble, incluso durante la edad avanzada, declinó rápidamente perseguido por el dolor producido por la guerra de 1914, prevista por él ya desde 1911 y desencadenada a pesar de sus más vivas instancias y sus cuidadosos llamamientos. La visión consternada de tantos hijos inocentes que iban a la masacre por la inútil y delictiva ambición de los poderosos, le cambió todo deseo de vivir apagándolo como puro holocausto.

*Traducción:*

*R. P. Lic. Gonzalo Gelonch, I. V. E.*